

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = Cuatro palabras sobre el lujo. = Necrología. = La madre, episodio de la batalla de Trafalgar, por Fernán Caballero. = Las rarezas de mi abuela, poesía por D. Victoriano Martínez Muller. = Cecilia, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa, conclusión. = Correspondencia. = Geroglífico.

DESEANDO SIEMPRE COMPLACER Á NUESTROS SUSCRITORES, NOS HEMOS ANTICIPADO Á LOS DESEOS DE MUCHOS DE ELLOS, PREPARANDO LA MÚSICA PARA PIANO DEL ELEGANTE BAILE DE

LOS LANCEROS,

ASI COMO LA ESPLICACION DE SUS FIGURAS, LA CUAL REPARTIREMOS CON EL NÚMERO PRIMERO DEL PRÓXIMO MES.

CUATRO PALABRAS SOBRE EL LUJO.

De pocos días acá ha principiado á ocuparse la prensa gaditana de una sociedad que parece va á establecerse en París, y que tiene por objeto combatir los perniciosos efectos de un lujo exagerado, y por tanto perjudicialísimo. La cuestión ha sido iniciada aquí por una distinguida pluma; circunstancia que por sí sola y á falta de otras, bastara para que nosotros no la dejásemos pasar sin emitir acerca de ella algunas brevísimas reflexiones.

Principiaremos por decir que cada país comprende el lujo á su manera, bien así como no todos los hombres comprenden de la misma manera la gula, que es el lujo del

OCTUBRE.

estómago. Por ejemplo, el turco que tiene trescientas mujeres, si por creerlas lujo excesivo se desprende de doscientas, imaginará que se le ha de tener por grandemente sóbrio quedándose reducido no mas que á ciento. Y sin embargo, entre nosotros una sola hay casos en que es lujo. Lujo serian unas botas de charol en un peon de albañil, y tacharíase de mezquino y de ridículo al grande de España que se contentase con un par de carruages.

¿Qué deduciremos de aquí? Que el lujo debe ser relativo, y por consiguiente solo puede ser un mal, como lo es hoy en efecto, cuando salga de sus límites naturales.

Lo supérfluo es una cosa muy necesaria. Esto ya se ha dicho tiempo ha. La industria necesita alimento, y para ello crea necesidades en la sociedad misma en que se desarrolla; pero necesidades hijas solo de las costumbres, y no de la naturaleza. Son por tanto un refinamiento de comodidad, y sabido es que el que se acostumbra á vivir cómodo muy mal se presta á vivir de otra manera. El que duerme comido de mosquitos porque no sabe lo que es mosquitero, si llega una vez á tenerle ya no lo suelta, dando por bien empleado lo que este venga á costarle, á trueque de dormir sin que le piquen ni le zumben.

Hay además otras superfluidades que no se refieren á la comodidad, sino al sentimiento artístico innato en el hombre. Un cuadro, una estatua, no son alicientes para el apetito; ni nos abrigan en invierno, ni nos refrescan en verano, ni nos garantizan de los mosquitos, ni hacen mas blandas nuestras camas, y sin embargo á nadie se

le ha ocurrido proscribir tales cosas como innecesarias.

A esta clase de superfluidades pertenecen los vestidos, en todo lo que en ellos pasa de cubrir las carnes. A una mujer pudiera bastarle en rigor un saco ceñido á la cintura; pero es bien seguro que ni ellas se prestarían jamás á contentarse con semejante poco aéreo y vaporoso trage, ni á nosotros nos parecerían tan bien privadas de esos adornos con que la coquetería femenil realza sus naturales gracias ó disimula sus defectos.

De la combinacion del instinto artístico y del desarrollo de ciertas industrias ha nacido la moda, divinidad caprichosa, varia y con frecuencia extravagante, merced á cuyo influjo solemos hallar bello lo ridículo, y agradable lo que no tiene sentido comun. El abuso en estos adornos es lo que constituye la peor de las especies de lujo, porque es la mas general, y porque además es la mas necia.

Si las jóvenes solteras comprendiesen sus verdaderos intereses, cosa que no siempre les sucede, ó por mejor decir, cosa que les sucede rara vez, sin necesidad del ejemplo y de la predicacion de esas sociedades en ciernes ha tiempo habrían vuelto á la antigua y ya olvidada sencillez de sus trages y prendidos; porque esas costosas telas, porque esas ricas cintas, porque esa profusion de encajes, de flecos de bellotas, de plumas, de cuentas y de garrambainas que serpean, que cuelgan, que flotan, y que se confunden en inextricable laberinto, las ofuscan mas bien que las adornan, las abisman mas bien que las embellecen; lo cual fuera acaso lo de menos si no tragesen en pos de sí inconvenientes harto mas graves que este, y de los que vamos á enumerar los mas de bulto.

La joven cuyos medios le permiten presentarse en un baile con elegante sencillez, pero no mas, se retrae de concurrir si no alcanzan aquellos á ponerla al nivel de lo que una imprudente costumbre ha establecido. Nadie quiere hacer un papel desairado, y esto priva á muchas de un solaz que de

otro modo pudiera estar muy frecuentemente á sus alcances.

Pero la que para concurrir á esa misma reunion ha tenido que hacer sacrificios, esa ya no puede presentarse en otras en mucho tiempo, porque no es bien que lleve el mismo trage, ni el mismo prendido, ni los mismos adornos, so pena de cometer un crimen de lesa elegancia, y un sacrificio no es cosa de hacerse todos los dias ni aun todos los meses. De este modo ellas mismas coartan su propio placer, que sin tales trabas se repetiría con harta mayor frecuencia.

¿Y no reflexionan además que el lujo aleja los pretendientes, y que no hay amor que resista ante la perspectiva de tanta modista, de tantos almacenes, de tantas iluminadas vidrieras, de tantas costosas baratijas como descubre en lontananza un matrimonio inaugurado bajo los funestos auspicios de la que ya es inveterada costumbre?

Torne pues el bello sexo á aquella sencillez que tan bien realza las gracias de la juventud y los encantos de la hermosura. Cuando esa sencillez existía ellas gozaban mucho mas y parecían mucho mejor que ahora; porque el verdadero objeto de la moda es la elegancia y no el lujo, ni para nada hace falta este á aquella. Si tal es el fin que se propone la sociedad de que nos hablan los periódicos, nosotros, en bien de ellas mismas, le prestaremos nuestra cooperacion, por muy humilde que para el efecto sea.

Reasumiremos diciendo que en nuestro entender el lujo es el abuso, y que los males que ocasiona, y que son innegables, no tanto dependen de su esencia misma cuanto de las actuales tendencias de esta sociedad en que vivimos. Nadie en ella se contenta con lo que es; nadie se resigna á aparecer tal cual plugo á Dios que sea; todos quieren ser tenidos en mas de lo que son; la farsa reina en el mundo, y como dice la inmortal comedia del célebre Scribe, todos pagan en moneda falsa, y aunque nadie ignora que lo es, la tal moneda circula sin dificultad. Todo el mal está ahí. Lo que este empeño en parecer mas de lo que se es influye en las costumbres públicas, lo que él con-

culca todos los principios de moralidad y hasta de decencia, no hay para qué decirlo. ¿Quién no lo sabe?

Emplee en buen hora el rico parte de sus bienes en eso que se llama lujo, toda vez que hay industrias que con el lujo viven, y foméntelas con su dinero. Tenga carruages y caballos, y adornen su casa alfombras y pinturas y suntuosos muebles; pero el que no posee sus bienes de fortuna conténtese con lo que le cupo en participacion, y vista segun le permitan sus medios, y no parezca mal que su mujer y sus hijas se presenten cual cumple á su posicion social. En una palabra póngase cada cual en su lugar, que es donde cada cual está bien. Ese es el mas eficaz remedio contra los males del lujo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

NECROLOGIA.

La buena sociedad gaditana acaba de perder á una de las personas que mas eficazmente han contribuido en todos tiempos á hacerla digna del esclarecido renombre de cultura y de buen gusto de que goza en España entera. La Sra. Doña Manuela Díez de Bulnes, marquesa viuda del Pedroso, tan ilustre por su cuna como apreciada por su esquisita y atractiva amabilidad, falleció el 14 de este mes, llorada de sus numerosos amigos. Esta distinguida señora era además una artista. Nosotros, que tanto tiempo nos honramos con su amistad, creemos ser fieles intérpretes de los sentimientos de toda la poblacion consagrando á su buena memoria este recuerdo de gratitud y de cariño.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Tomamos de EL COMERCIO el siguiente artículo, debido á la fecunda y delicada pluma del célebre Fernán Caballero.

LA MADRE.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR.

Era un domingo, 20 de Octubre de 1805. El día se había ataviado de su mas brillante esplendor. La muralla gualda que circunda á Cádiz como un arco de oro, se hallaba llena de gentes que tendían sus miradas hácia la bahía; pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de 15 navíos españoles y 18 franceses salía del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y denuevo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la patria, que llevaban como penacho, hacían que se asemejasen estos soberbios buques á caballeros armados, marchando para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centealeaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficie: el cielo estaba puro y sereno como si jamás debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcon de una de las casas del hermoso barrio de S. Carlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imagen de la Virgen del Carmen, que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar surcado por los magníficos navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpía el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban á la historia una de sus mas funebremente brillantes páginas, y á la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decían: «¡Adios, adios, amada! á la jóven que encerrada en su estancia torcia con angustia sus blancas manos: ¡adios, amigos y compatriotas! á los que, reunidos para verlos salir, los seguían con sus miradas, sus votos y sus esperanzas: ¡adios, patria! á la tierra que quizás no volverían á pisar; y á aquella mujer solitaria é inmóvil en su balcon, le decían: ¡adios, madre!!»

A pesar de la apacibilidad del día, los esper-

tos é inteligentes marinos españoles preveyeron la tempestad, y los generales Gravina, Cisneros y Alava, hicieron presentes sus observaciones al almirante Villeneuve, comandante en jefe de la escuadra combinada.

«Todas las circunstancias lo resisten, dice en el sermón que en las honras fúnebres del general Gravina predicó el Dr. Ruiz Roman: todas las circunstancias lo resisten, Gravina las vé, pronostica un desastre, mil muertes se ofrecen á su vista; mas escediendo á su propio juicio su obediencia, contesta cual otro Macabeo:

«Lejos de mí la fuga ni algún temor cobarde; y si es llegado el término á mi vida, moriré con valor y sin manchar mi gloria.»

El almirante insistió. Sabia que iba á ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando y quiso aprovecharlos para vencer ó morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado proyecto! proyecto heroico si hubiese sido individual.

La señora de C.... viuda de un general de marina, tenia tres hijos; todos tres seguían la gloriosa carrera de su padre y partían en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los combates, y la brillante estrella de un Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de madre, deslustrados por las lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y los volvía despues á la Virgen, depositando á sus piés su inmenso dolor, implorando su proteccion poderosa con el árbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veía á su lado á la anciana María, ama de aquellos, perteneciente á la familia, si nó por los vínculos de la sangre, por los del corazón.

—Señora, decia la anciana sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegacion de que solo es capaz el mas profundo cariño: ¿es por ventura la primera vez que los veis salir al mar y los habeis vuelto á ver buenos y salvos? ¿habeis perdido vuestra confianza en la Virgen del Cármen, nuestra mediadora? ¿quereis morir de pena antes que vuelvan? Vamos, valor como compete á la viuda y á la madre de valientes marinos; confianza en Dios como compete á la buena cristiana.

Y María procuraba sonreirse; pero esta sonrisa era un último esfuerzo: alejábale con el corazón destrozado, y se acercaba á otro balcón para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellas barcas, que le parecían lúgubres cual féretros.—Ay, hijos míos! murmuraba entre sollozos; nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento; nosotras

que os lavábamos con agua templada de miedo que os costipase la fría! nosotras que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni aun á la escuela! ¿A qué tantos esmeros y cuidados, si ahora tenemos que ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas? ay! ¿por qué esas vidas que arriesgan los hombres, como dinero al juego, han de tener raíces en el corazón de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante, se acercaba á su señora para procurar consolarla.

Apenas se halló la escuadra en ancha mar, cuando empezaron á cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud Este, y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego sigue su camino hácia un precipicio; y tal es la fuerza de honor, que 33 buques, ricos de miles de vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre, que ciego de despecho, los llevaba á una muerte segura.

Apenas se enlutó el cielo, apenas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas y contra la muralla, debajo de las ventanas de la pobre madre, cuando cayó esta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desatentados; sus miembros temblorosos é inertes; sus labios mudos y descoloridos. María se apresuró á meterla en el lecho y á prepararle un calmante; despues cerró puertas y ventanas para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante á un letargo. María se habia hincado de rodillas ante la imagen de la Virgen, y extendía sus brazos hácia ella como si llevase en ellos á su Manuel, niño de doce años, que casi salía de la cuna para arrojarse en ese caos de peligros, pequeño guardia-marina, que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Solo interrumpian el silencio, el bramido de las olas subido al diapason de la ira y de la amenaza, y el aterrador ahullido del huracán que empezaba, crecía, se hacia poderoso, luego flameaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C.... lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho, y

cae convulsa á los piés de la Virgen en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica! No, ya no cabe duda: es la muerte que se envían los hombres al través de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia, que resalta sobre la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia á todos los peligros reunidos; pues como dice D. José Ruiz y Roman, las aguas sueñan y se conturban; encapótase el cielo, y medrosas sus nubes aun, los hombres se ensangrientan y encarnizan.

Qué escena! Donde quiera que se esparce la vista no se vé mas que horror. El cañon truena; abordajes aquí; allá naufragios; incendios á este lado; fuego por todas partes; cadáveres; destrozos; ¿podréis enumerar víctimas? La tierra gime; el mar brama; el aire ruge; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta su cólera, sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad, naves del mar; solo quedan ruinas de nuestras fortalezas! (1) "

Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del cabo de Trafalgar, y arrastrado por las corrientes, vino á concluir á ocho millas de Cádiz: combate que no tiene semejante en los fastos de la historia, en valor, honor y desastres!... Oigase lo que con gran elocuencia el Dr. D. Manuel Fernandez Varela, en la oracion fúnebre que en las exe-

(1) Un escritor francés ha osado hablar calumniosamente de esta batalla, en que tuvieron los ingleses diez navíos desarbolados, seis barados, uno quemado, cinco echados á pique, de siete á ocho mil hombres muertos y heridos, perdidos los mejores oficiales, su famoso almirante y su mayor general. Estas son las ventajas que habian logrado, como dice en su oracion fúnebre el Dr. D. Manuel Fernandez Valera, con fuerzas tan desiguales, con haber sido reforzados con cinco navíos á tiempo que se nos habian estraviado cuatro de los aliados: mas equitativos los mismos contrarios, decia la *Crónica* del 15 de Marzo de 1806: „Nos lamentamos de oír que el bizarro almirante Gravina ha muerto; sus amigos se habian lisongeados mucho tiempo con la esperanza de su restablecimiento, pero desgraciadamente se frustraron. En él pierde la España el oficial mas experimentado de su armada; y uno bajo cuyo mando sus escuadras, aunque á veces batidas, siempre combatian de un modo que merecian los elogios de los vencedores." El *Diario* del imperio del 19 de Enero de 1806 dice, „que no se determinó la amputacion de su brazo, aquel brazo de que supo usar tan bien, para honor de nuestro pabellon y ejemplo de nuestra marina." Es probable que este historiador no tuviese noticia del *Diario* del imperio del 19 de Enero de 1806.

quias generales que por las víctimas de este combate celebraron en el Ferrol, predicó.

„Entre tanto las dos escuadras se acercan, se observan y se amenazan. ¡Jamás se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! ¡La mar gime oprimida con su peso y desaparece bajo sus velas! Diríase que eran dos grandes pueblos, que conducidos por una virtud prodigiosa, caminaban con magestad á disputarse el dominio de la inmensa llanura que les rodeaba! Por último, llega el fatal instante de dar principio á la accion. La una quiere acometer atrevida; la otra la espera intrépida; rompe ya el terrible fuego por una y otra parte. ¡Truena el cañon espantoso! la tierra tiembla de susto; retumban las bóvedas del firmamento, toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en medio de la borrasca! etc."

.....¡Qué asombro! ¡qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos! ¡El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera! ¡oye el marino el silbido de la bala que se roza con su cuerpo, y se mantiene impávido! aquí un general cubierto de su misma sangre, desprecia sus heridas y sigue dando órdenes (2); allí se ve sostener á otro su navio sin tener ya casi gente (3); arranca una bala la bocina de la mano á un comandante y él pide otra sin turbarse (4); maltrata mortalmente á otro un golpe de metralla y no quiere largar su puesto (5); queda sin jefes un buque y no por eso se rinde (6); caen á los piés de un artillero ocho camaradas suyos y no desfallece. Aquí se anega un navio y no quiere arriar bandera (7); allí se va á pique otro con la suya enarbolada (8). ¿Qué es esto, Dios eterno? ¿Cabe en el corazon de los mortales tal valor y resistencia? (9).

(2) Escaño, en el navío *Príncipe de Asturias*.

(3) Cisneros, en la *Trinidad*, con mas de 300 hombres perdidos.

(4) Alcedo, en el navío *Montañés*.

(5) Valdés, en el *Neptuno*.

(6) El *S. Juan*, sin su comandante Churruca y sin su segundo.

(7) El *Argonauta*, el *Trinidad* y otros.

(8) El *Agustín*, por la firmeza de Cajigal, su comandante.

De Galiano dice al concluir su elogio: ay! para su patria el fruto de sus trabajos como sabio, y dar luego la vida por ella como valiente.

(9) Al hablar de este apogeo del heroismo español, no podemos menos de hacer mencion de un rasgo heroico de amor filial que brilló unido á tantos otros de honor, como si el corazon hubiese querido competir con este en tan elevada excelencia.

La infeliz madre, en una triste agonía, se estremeció al oír cada nuevo cañonazo, los que, unidos al rugir de la tempestad, tenían petrificados de asombro á los pálidos habitantes de Cádiz.

Hacia la noche cesaron los cañonazos; pero esta suspension, unida á la continuacion de la tempestad, era el callar de la muerte. ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y angustia como la agonía!

Por fin, los primeros rayos del día, día tan temido como deseado, alumbraron, cual cirios, á un cadáver, el horroroso espectáculo que se presentaba á los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacían el *Bucentauro*, el *Neptuno*, el *Baltama* y el *Aguila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques: ¡las playas se iban cubriendo de cadáveres!

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcon. Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre se fijaban en aquellas masas informes, que el día antes habia visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas! ¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror habia helado en los labios de la cristiana María aun los consuelos religiosos. La señora de C.... se echó atrás, cubriendo su rostro con ambas manos, y se dejó caer en el inmediato asiento exclamando:—¡Ya no tengo hijos! ¡Dios mio, ten compasion de mí!

Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En aquel momento se

El capitán de navío D. Ignacio Olaeta, que era en aquel memorable día segundo comandante del *Trinidad*, perdió un brazo. Desarbolado, destrozado, sumergiéndose por momentos el buque, los ingleses se apoderaron de él. Tratan de trasbordar á la tripulación que sobrevive antes que se hunda el mutilado barco en el abismo; pero no es posible que halle toda cabida en sus lanchas, esto le hace presente el oficial inglés al joven alférez de fragata D. Ignacio Olaeta, hijo del primero, así como la necesidad de abandonar á los heridos, que de todas maneras habian probablemente de sucumbir, y le brinda el solo lugar que queda en las ya sobrecargadas lanchas. „Eso no, exclama Olaeta; salvad á mi padre y perezca yo.” „Si es este vuestro firme propósito, repuso admirado y enternecido el oficial inglés, venid ambos, aunque todos zozobremos,” y padre é hijo fueron salvados.

Nos pesa el que, como de cierto sucederá, el señor brigadier D. Ignacio Olaeta sienta la indiscrecion que, sin su venia cometemos al publicar este hecho. Sirvanos de disculpa el que, si las malas y viles acciones pertenecen á la publicidad, con mucha mas razon le pertenecen las nobles y heroicas.

oyen pasos precipitados, María da un grito, y la señora de C.... se halla en brazos de uno de sus hijos. Entonces se agolpan á sus ardientes y secos ojos las lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho, como si los peligros á que ha escapado viniesen á arrancárselo de nuevo. Aun no ha podido hallar goces su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entonces ella se levantó arrebatadamente, y en ardiente brote de gratitud se precipita á los piés de la Virgen, sofocada por su emocion. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula mano un vaso de agua á los trémulos labios de su señora. ¿Pero qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar á una madre al hijo por quien tiembla?

—¿Y vuestro hermano? pregunta á los recién entrados: ¿y vuestro hermano? ¿qué es de ese hijo de mi corazón?

Sus hijos callan.

—Ay! gime la madre acongojada: ¿no respondeis? ya lo veo! Ese niño que apenas entraba en la vida, ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales! No, no me la ocultéis! ¡decidme la terrible verdad! ¿dónde está? ¿dónde está mi Manuel?

—Aquí estoy! gritó una voz conmovida é infantil; y su hijo menor se echaba en sus brazos y se refugia en el seno de su madre como para olvidar los horrores que acababan de agitar su joven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan, no brilla en ellos la felicidad ni los enturbia el dolor. Su semblante, ha poco tan espresivo por diversas emociones, queda en calma como la mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean; sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, móvil reflejo de sus vehementes sensaciones, se torna frio y estúpido.

—Ah, Dios mio! exclamó aterrado el mayor de sus hijos: ¡qué imprudencia ha sido la nuestra!

Sentimiento tardío! Aquel corazón de madre tan tierno y tan padecido, no pudo soportar tanta felicidad! Habia perdido el juicio.

FERNAN CABALLERO.

LAS RAREZAS DE MI ABUELA.

ROMANCE.

No habrá mujer en el mundo
mas pesada que mi abuela,

y no porque pese mucho;
nada mas por sus rarezas.

Se duerme refunfuñando
y gruñendo se despierta,
y cual si fuese abogado
con disputas se alimenta.

Siempre lo pasado elogia;
y si la doy una breva,
al ver que está algo pasada
la arroja al punto ligera.

Mas predica ella en su cuarto
que dos mil curas de aldea;
y dudo que el Real Consejo
llegue á aconsejar mas que ella.

Me da lecciones de todo
guiada por su experiencia,
y hay dias que hasta en el griego
pretende ser mi maestra.

No puedo moverme un paso
sin que me imponga sus reglas;
tiene antojos sospechosos
si ya no fuese tan vieja.

Ella quiere que no trate
á las muchachas de cerca;
y estas por verse cercadas
harian de ciudadelas.

Se enoja porque de gusto
se me abre la boca al verlas,
pues dice que eso en España
lo atribuye á hambre cualquiera.

Y si juro que la tengo
me regala una libreta;
¡como si el pan fuera solo
lo que infunde hambre en la tierra!

Quiere que muestre en visita
inclinada la cabeza,
porque elevar el cogote
es manifestar soberbia.

Y cuando voy á inclinarme
solo por obedecerla,
se cree que estoy mirando
á las mujeres las piernas.

Con mil diversas noticias
vidas de santos me cuenta;
que ni á los santos perdona
por contar vidas ajenas.

Me manda que todo el dia
me esté encerrado en la iglesia,
y allí estorbo al monaguillo
que quiere sisar la cera.

Me hace enhebrar las agujas
y sostener las madejas;

y yo las peras la mondo,
y ella se come las peras.

Sobre el tabaco me encarga
que ni lo huela siquiera;
cuando ella por las narices
toma al dia libra y media.

Quiere que no pruebe el vino
porque trastorna y altera,
y ella hizo un viage á Burdeos
solo por ver sus bodegas.

Que profese mucho aprecio
á toda mi parentela,
y si me acerco á mi prima
con una vara me pega.

Nunca permite que cante
porque mi canto la atruena,
y apenas oye una Murga
se la estiran las orejas.

Se la llevan los demonios
cuando voy á la comedia,
pues teme que en el teatro
haya picantes escenas.

Sin acordarse que el mundo
mas que los dramas enseña,
y que en ellos no se pinta
lo peor que hay en la tierra.

Quiere que si pienso en boda
escoja guapa doncella;
como aguarde á que la encuentre
no llegará á tener nietas.

Quiere que lleve su nombre
si las tiene, la primera;
pero antes la dejo *mora*
que poner á mi hija Tella.

Odia y maldice las *polkas*,
y las *mazzourkas* modernas,
diciendo que á las familias
traen la muerte y la guerra.

Y no hay bailes mas pacíficos
ni de mejores tendencias,
porque van pidiendo abrazos,
y demandando ternezas.

En fin, lector, ya con esto
basta para que comprendas,
que no hay mujer mas pesada,
ni mas rara, que mi abuela.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

CECILIA.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONCLUSION.)

—Buenos días, señora, buenos días, señor Ricardo, les dijo. Nuestra Cecilia sigue bien lo mismo que la niña.... muy bien. Permiten Vds. que me sienta un momento?... cinco pisos!.... sin aliento estoy. —Lo cual no le impedía presentar una cara de pascua.

Ricardo se puso primero pálido y luego encendido. Estaba sobre ascuas.

—Le traigo á Vd. una respuesta, le dijo Frumencio. ¿No había Vd. pedido algo á Cecilia?

Ricardo tartamudeó unas pocas palabras sin saber lo que se decía, mientras su madre se liaba maquinalmente un dedo con una punta del dantal, sin saber tampoco lo que se hacía.

Frumencio veía aquellos apuros y se sonreía con vivo placer.

—Pues señor, dijo al fin, Cecilia consiente y yo también.

Ricardo se echó á sus piés; la madre se arrojó en sus brazos.

—Con una condicion, dijo Frumencio, y es que desde el día de la boda hemos de vivir todos juntos. Ahora, vengan Vds. á ver á Cecilia y á la niña que nos están aguardando.

Al bajar la escalera, Frumencio daba el brazo á la anciana frutera, á quien dijo al oído: — Vd. se acordará de haber conocido á dos avaros.... allá... en la plaza? Olvídelos Vd... ya han muerto... verdaderamente han muerto.

En seguida Frumencio se hizo conducir á casa del caballero cuyas señas había tomado la víspera por la noche. En cuanto entró en su estancia reconoció al sugeto que dos noches antes había pedido en la plaza con la frutera para el pobre niño herido; también él reconoció á Frumencio

y quedó muy sorprendido en los términos en que le oyó hablar, y mas aun cuando Frumencio, le convidó á la boda de su hija con el hijo de la frutera, á la cual prometió que no faltaría. —Mientras acompañaba á Frumencio hasta la puerta apretándole la mano, este le dijo al oído:—Vd. recordará haber conocido á dos avaros ... allá, en la plaza? Olvídelos Vd.... ya han muerto.... verdaderamente han muerto!

—Ya lo veo, respondió el caballero.

Entretanto el consabido cuarto de metal de campana continuaba metido entre sus dos tablas, pues había habido demasiados quehaceres toda la mañana para pensar en él. Cuando se trató de sacarle de su rendija, la niña Cecilia no hizo mas que levantarle de canto con un alfiler y — ¡caprichos de la suerte! — salió al instante. Excusado es decir que ese cuarto se conserva como una reliquia en la familia.

El banco de piedra, en fin, continúa en su sitio sobre sus tres piés. Muchas personas van diariamente á sentarse en él, pero los dos avaros de marras, nunca.... Ambos han muerto, verdaderamente han muerto.

LUIS FORTOUL.

CORRESPONDENCIA.

D. L. S.: Córdoba.—Se le ha remitido á V. el pliego 68 que reclama, y en el próximo patron se insertarán las iniciales que indica.

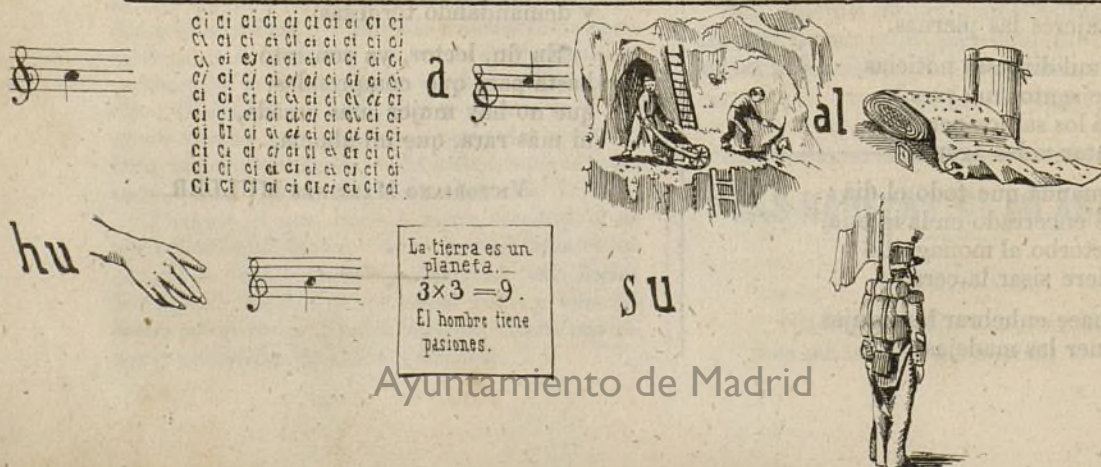
Solucion del geroglífico anterior.

El mar Negro ha sido el teatro de grandes acontecimientos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica, á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



Ayuntamiento de Madrid